

un brazo, siguió marchando á la cabeza de su compañía, la cual guiaba con valentía hasta que cayó muerto entre las filas enemigas.

A Durand, cabo del 2o. de zuavos, uno de los primeros que al llegar al rediente, colocó y apuntó una pieza de artillería enemiga sobre la cual fué gravemente herido.

Llegada la noche, la ingeniería unió la izquierda de la cuarta paralela que no estaba más que á cincuenta metros de la obra conquistada, de modo de establecer con este trabajo la más segura comunicación. Ya de día, estuvieron nuestras baterías en aptitud de batir el cuerpo de la plaza, y toda la parte situada detrás de la obra fué prontamente barrida.

Andando en esto, el General de Laumiére, comandante de artillería, recibió un balazo en la frente; esperábase al principio que aquella herida no sería grave, pero aquel bravo General, tan popular en el ejército expedicionario, murió á pocos días en la ambulancia del cuártel general.

Hubo muchos accidentes serios en la Penitenciaría con motivo de la explosión de proyectiles huecos enterrados de intento por el enemigo. Un ayudante del 51o. de línea fué lanzado al espacio y pulverizado por la explosión de una bomba que esta-

"Brault fué nuestro compañero en donde quier que la Francia llevó sus armas. Con frecuencia fué mi colaborador, y siempre mi amigo.

"Dios nos ha arrebatado á este hombre de bien, que sacrificó en servicio de la patria su salud y su vida!

"Consolémonos pensando que este soldado cristiano ha recibido su recompensa en un mundo mejor.

"Adios, Brault, adios."

Esta patética invocación, sollozada ante la tumba,—negra línea limítrofe entre la zona mortal y la zona de la inmortalidad—, ha excitado el furor de los atávicos, sucesores del Club jacobino, quienes se han desatado en agrias imprecaciones contra el veterano ministro; y todo porque en el adios postrero á un amigo se mostró orador, soldado y cristiano.

"L'Aurore," periódico del incorregible sexagenario H. Rochefort, grita escandalizado delatando ante su partido á ese audaz Ministro que en una reunión oficial, se atreve á pronunciar el nombre de Dios, execrado por el progreso y la civilización. Decía en propias palabras que "esa evolución" es escandalosa, y agregó risiblemente que Gallifet ha descendido hasta el nivel de Bossuet, como si el águila de Meaux hubiera rozado alguna vez el suelo en sus vuelos altísimos, ó como si la oración fúnebre á la princesa Enriqueta pudiera compararse con el apóstrofe sencillo de un guerrero veterano ante los restos de un camarada.

A esta fecha, también Gallifet ha traspasado los umbrales de la eternidad, en donde el Dios de los cristianos acaso le destinaba lauro inmarcesible.

F. A. TISCAREÑO, Misionero de Cholula.

lló á sus piés, siendo once los zuavos que por ese mismo golpe quedaron muertos ó heridos.—Nuestras pérdidas llegaron, por todo, á doscientos treinta y un heridos ó desaparecidos, entre los cuales tres oficiales muertos y trece heridos, siendo uno de estos el coronel Garnier del 51o. de línea, aquel oficial valiente que, el día 18 de Julio de 1855, penetró en Malakoff, con el bello batallón 5o. de cazadores de á pié del cual era comandante.

A partir de este día, teníamos ya un pié dentro de la ciudad; si el enemigo hubiera tenido el menor sentimiento de humanidad para con los desventurados habitantes, habría comprendido que la caída del fuerte de la Penitenciaría en poder nuestro, le colocaba en cualquiera de estas tres alternativas:

1a. Intentar recuperar aquella formidable fortaleza.

2a. Ensayar si podía romper la línea de sitio.

3a. Y última, en caso de frustrarse esas dos tentativas, no quedaba más recurso que pedir una capitulación honrosa.

Pero no; á pesar de la destrucción y los estragos consiguientes en la ciudad, la lucha continuó.

El General Forey podía desde luego considerarles como insurrectos, agitadores que veían con desprecio todas las leyes, todos los usos de la guerra, y como á tales infigirles un terrible bombardeo; mas para eso habría sido preciso sacrificar aquella infeliz población, que demasiado había sufrido ya las violencias de un partido que tocaba á su fin. Decidióse, pues, caminar en la ciudad verificando los ataques sucesivamente de cuadra en cuadra, proporcionando á los mexicanos, por este sistema de ataques, los únicos medios de resistirnos todo el tiempo que supieran servirse de ellos, y lo mismo ha de decirse de cada barricada; de los muros atronados, de las azoteas, de las iglesias, de los conventos y de los campanarios.

El día 30 de Marzo, á eso de medio día, vióse muchas columnas formadas en batalla y en buen orden, sobre las alturas situadas á la derecha de Cholula, en la dirección de San Martín y Huejocingo. Era el General Comonfort quien de nuevo se presentaba, aunque en mayor número que la vez pasada. Al mismo tiempo se hacían señales desde las torres de la catedral de Puebla; ya no había duda, el enemigo buscaba el cómo hacer entrar en la plaza sitiada el convoy de dinero del cual carecía la guarnición; pero todos estaban alerta en sus

puestos respectivos; todas las salidas bien resguardadas, siendo tal operación, ya que no imposible, cuando menos de muy difícil ejecución.

Tomáronse disposiciones para marchar sobre Comonfort, sin descuidar la vigilancia del lado de la plaza de donde podía temerse una salida, la cual tuvo lugar en efecto, pero de modo intempestivo, porque Comonfort, después de haber permanecido á la vista de nuestros campamentos durante muchas horas, formado en dos líneas, se había retirado sin atreverse á intentar nada sino hasta las cinco y media de la tarde, hora en que algunas columnas de infantería y de caballería, apoyadas por algunas piezas de campaña, salieron de la ciudad por el camino de Tlaxcala entre Loreto y Santa Anita, y se encaminaron con dirección á los puestos militares de San José ocupados por una compañía del 81o. de línea, y hacia la calera del Ocre, resguardada por una compañía del 1o. de zuavos.

Algunos momentos antes de la aparición de aquellas tropas enemigas en número como de tres mil infantes, mil caballos y cuatro obuses de campaña, dos parlamentarios, saliendo de la ciudad, se habían presentado en el puesto del Ocre, pidiendo ser conducidos ante el General Forey. Eran los cónsules de Prusia y de los Estados Unidos; dióseles una escolta que les acompañase. En el mismo instante, cual si fuera un uso establecido, se enviaron hombres al acarreo de agua á San Gerónimo, distante dos mil metros. El puesto del Ocre no contaba más que con cuarenta y ocho zuavos en el momento de esta salida considerable. A la primera señal un sargento del 99o. de línea que ocupaba un reducido apostadero con una mitad de sección detrás de nosotros, acudió sin vacilar á reforzarnos con sus veinte hombres.

Era evidente que los dos parlamentarios habían tenido que atravesar por entre aquellas numerosas tropas para llegar donde nosotros estábamos. ¿Estaban en connivencia con el enemigo? Teníamos todo derecho para preguntarnos: ¿por qué aquellos se presentaban en un momento tan mal escogido? El puesto quedaba sin guarnición en un momento en el cual toda nuestra tropa no era bastante.

El enemigo formó en masas lentamente, pero en buen orden,

antes de llegar á la antigua garita de Tlaxcala, sobre la carretera que conduce á aquella ciudad y á unos seiscientos metros de los hornos de cal del Ocre. Los batallones de infantería se desplegaron á la izquierda y unos escuadrones de lanceros rojos, en el llano, á la derecha. Una línea de doscientos caballos, en tiradores, avanzó seguida de otra de infantes igualmente desplegados en tiradores, algunos metros detrás.

Los caballos marcharon resueltamente sobre el puesto, extendiéndose en ala con movimiento envolvente. Esperábase por momentos un ataque general, tratando el enemigo de romper la línea de sitio á toda costa. El puesto no titubeó; cada cual se colocó formando en batalla en el fondo de la trinchera, sin disparar un solo tiro de carabina. El 81o. de línea comenzó á tirotear desde San José, inquietándose por las tropas numerosas que en masa se dirigían sobre aquel reducido apostadero; en tanto que la infantería mexicana, frente á nosotros, permanecía inmóvil. ¿La calma con que se esperaba al enemigo desconcertó á este? Ello fué que á una distancia como de 150 metros, las caballerías hicieron alto, profiriendo, como de costumbre, vociferaciones en contra nuestra. Nosotros, siempre en calma; no se veía sobre las crestas en el parapeto de la trinchera más que la boca de las carabinas apuntando sobre el enemigo y los sables-bayoneta amenazantes. Nuestra resolución estaba firmemente tomada; la de morir antes que abandonar el puesto. Por otra parte, las instrucciones eran formales. El puesto de los hornos de cal debía mantenerse á toda costa hasta recibir refuerzos. Por la noche las columnas enemigas volvieron á entrar silenciosamente á la plaza, sin haber emprendido el menor ataque sobre nuestras líneas. Las piezas de campaña, situadas frente á nosotros, rompieron sus fuegos sobre el reducto que ocupábamos; y, por más de una hora, nos inundaron con un diluvio de balas, granadas y metralla. El fuerte de Santa Anita tomó parte; y sus enormes proyectiles, pasando por encima de nuestras cabezas, iban á estallar hasta Santa María, cerca de dos mil metros más lejos de donde nosotros estábamos. Un ángulo del muro de aquella hacienda quedó demolido por los tiros de una pieza de barbeta de las baterías de Santa Anita.

En esa misma noche, como á las nueve, había que apoderarse del convento de Guadalupe, al Este de San Javier. Este edificio nos desenfilaría de los fuegos de Santa Anita y de San Pablo, al tener que invadir la parte Oeste de la ciudad; pero la operación era delicada, en atención á que, á más del número considerable de tropa mexicana que aquel convento contenía, se hallaba este á la distancia de cuarenta y cinco á cincuenta metros de la gola de San Javier, y esa distancia estaba de todos lados batida por artillería enemiga; á más, todos los campanarios en contorno, guarnecidos por tiradores, hacían mortífero el acceso al convento.

La ingeniería tendría que establecer una cestonada para seguridad de comunicación, y en el caso de que el fuego enemigo impidiese la ejecución del proyecto, habría que pegar un petardo á la puerta y entrar en el convento á viva fuerza.

Los gaviones no pudieron establecerse y dos petardos no dieron chispa estando la puerta murada por dentro. Este ataque, en el cual muchos soldados valerosos y decididos perdieron la vida, fué abandonado, resolviendo que el día 31 se trasladaría una pieza de á doce al interior de San Javier, y que se abriría una brecha, que sirviese de cañonera, en la muralla que hacía frente al convento de Guadalupe, para abrir sus murallas á cañonazos. Cuando por la noche la pieza colocada estaba ya lista para hacer fuego, se advirtió que no miraba al muro del convento, haciéndose preciso elevar la plataforma cuarenta y cinco centímetros más; operación que, emprendida bajo un fuego mortífero, dió el resultado apetecido. Durante la noche quedó la brecha practicada, en la muralla de la fachada principal. El cañoneo y la fusilería de la plaza redoblaron su intensidad, pero sin causarnos mal alguno.

Aquella noche el General Neigre hacía el servicio de trincheras, teniendo la misión de asaltar la Iglesia de Guadalupe en el momento en que el asalto le pareciera oportuno.

A ese efecto había sido reunido en la Penitenciaría el 18o. batallón de cazadores de á pié, dejando en la trinchera la cabeza de su columna, pronta á lanzarse sobre el punto asaltado. Dióse la señal convenida, y al instante lanzándose intrépidamente los cazadores fuera del foso, penetraron por la brecha abierta en la iglesia, y sin disparar un solo tiro de carabina,

arrollan todo cuanto intenta oponerles la menor resistencia, Espantosa fué la carnicería que tuvo lugar en el convento y en lo interior de la iglesia, cuyos defensores, en número de cuatrocientos, fueron todos muertos á la bayoneta. Otros, abandonados por sus oficiales, se rindieron prisioneros. Los cazadores, prosiguiendo resueltamente su marcha, se apoderaron en este combate, no sólo de la iglesia y el convento de Guadalupe, sino también de toda la cuadra siguiente rumbo al Este.

Ya se sabe que en Puebla y en México [la capital], llaman cuadras á los rectángulos uniformes de casas, limitados por calles y que componen los diversos cuarteles de la ciudad. (En el Interior, á las cuadras llaman manzanas, y refiriéndose á la misma Puebla, así las llama González Ortega en su parte oficial relativo al sitio de aquella ciudad,) N. del T.

Este brillante combate nocturno, que hizo grandísimo honor al 18o. batallón de cazadores por su audacia é impetuosidad en caer sobre los atrincheramientos enemigos, nos conducía á las calles de la ciudad, las cuales ya nuestra artillería podía enfilar fácilmente. Ese mismo día se empezó á caminar hacia el Sur, apoderándose de todas las cuadras que rodeaban el Paseo Nuevo, hasta dar vuelta á la obra en redientes de Morelos. Los mexicanos, viendo nuestros progresos tan rápidos por aquel lado, llegaron á temer verse atacados bruscamente con un asalto; un pánico súbito se apoderó de los defensores de la obra evacuándola á toda prisa y dejando en poder nuestro cinco cañones, cuyas cureñas habían quemado previamente; igualmente prendieron fuego á los parapetos bañados aun por las llamas cuando aquel fuerte caía en nuestras manos.

El día 2 de Abril, por la noche, se extendió la ocupación de la ciudad hasta la parroquia de San Marcos, y muchas de las cuadras contiguas. Era esta Iglesia una verdadera fortaleza bien provista de defensores. Una lucha terrible y cuerpo á cuerpo empeñose en los patios y corredores; un fuego intenso de mosquetería partía de las terrazas y los campanarios; los pasillos mismos estaban barreados y millares de troneras escupían de todos lados un fuego vivísimo de fusilería, no viéndose más que las bocas de los fusiles salir apenas de las incontables aspilleras que homicidas guarnecían las murallas; los techos, socavados, amenazaban á cada paso hundirse para aplastar á

los asaltantes; la obscuridad de la noche aumentaba con sus sombras siniestras el horror del combate, haciendo la marcha incierta y peligrosa; á cada pisada era fácil tropezar con una red temible, como fácil también perderse en aquel dédalo de casas, patios, corredores, largas galerías y extensos jardines. Algunos oficiales, para guiar con seguridad á sus soldados, encendieron antorchas, con lo que, durante el combate, servían de punto de mirá al enemigo. Admirables eran nuestras tropas por su audacia é intrepidez; lejos de azuzarlas para marchar adelante, fué preciso contener su ardimiento para que no fuesen más allá de los puntos indicados. En una casa, que no pudo ser asaltada sino tras una lucha encarnizada, todos los mexicanos que se encontraron fueron muertos á la bayoneta ó precipitados á la calle desde lo alto de la azotea. No tuvimos más que siete hombres muertos y diez y seis heridos. Las pérdidas del enemigo debieron ser considerables.

Aquí es donde empiezan, hablando propiamente, nuestras penosas guardias de trinchera y el no menos peligroso servicio en las cuadras. Los batallones y las compañías mismas estaban dispuestas, por fracciones, en aquellos cuarteles de la ciudad cuyas casas estaban comunicadas de modo que permitían la circulación á cubierto del fuego enemigo, dando así acceso cada casa á las casas contiguas, por medio de horadaciones practicadas por nosotros mismos cuando ya el enemigo no las hubiese abierto de antemano. Para trasladarse de una cuadra á la otra, había que franquear la calle necesariamente, y para eso abriéronse zanjás profundas, con fuertes gaviones en su longitud y cuyas crestas estaban guarnecidas de sacos de tierra formando aspilleras, en las cuales colocábanse los más diestros tiradores, quienes enormemente impedían la circulación y los trabajos del enemigo. Por desgracia, á pesar de la elevación de los parapetos, las balas de los tiradores enemigos encaramados en las torres y campanarios de las iglesias, con frecuencia nos alcanzaban en el fondo mismo de las trincheras. Las tropas que ocupaban las cuadras más cercanas á las del enemigo, estaban constantemente dando el *¡quién vive!*, temiendo una sorpresa, pues á las veces solo el ancho de la calle nos separaba. Bastaba que una persona cualquiera, subiendo á una azotea, hiciera por asomarse á un agujero, á una

ventana, á un postigo, para que en el mismo instante el punto en que dicha persona era vista fuese acribillada á balazos. El enemigo había instalado piezas de montaña sobre algunas de las azoteas que dominaban las cuadras que nosotros resguardábamos; todo el día y toda la noche sus granadas iban á estallar en los patios ó en los techos de las casas que nos cubrían. Las noches principalmente eran atroces; los mexicanos nos enviaban granadas, balas, explosivos, cuanto hay, temerosos constantemente de un ataque nocturno. Las casas en donde tal resistencia tenía lugar quedaban completamente destartaladas, no ofreciendo á las veinte y cuatro horas mas que un montón de escombros. Trabajo dará creer que estuviesen habitadas á pesar de los proyectiles que llovían sobre ellas. ¡Qué espectáculo más triste venimos á presenciar en esta parte de la ciudad, durante un sitio tan dilatado! Aquellas pobres gentes nos referían las atrocidades que habían tenido que sufrir de parte de los sitiados, que, no contentándose con haberlas dejado reducidos al hambre y la miseria, todavía pretendían lanzarles de sus habitaciones; mas ellos prefirieron correr el riesgo de ser sepultados bajo los escombros de sus casas, antes que ir á arrastrarse de miseria por las calles desoladas de la ciudad. Y en seguida confesaban ingenuamente la confianza que nosotros les inspirábamos; jamás, decían aquellos infortunados, jamás los franceses permitirán que muramos de inanición. Y ¡cuántos, con verdad, no murieron de hambre, pero fueron aplastados por los proyectiles que el enemigo nos lanzaba con un furor que no tiene explicación! Un día estalló una bomba en un cuarto donde se había reunido una familia, la cual, no teniendo donde refugiarse, no había podido huir; el hombre quedó hecho añicos y la mujer con una pierna menos.

Mas una desgracia que, en razón de las circunstancias en que ocurrió, hubo de consternarnos profundamente, tuvo lugar en una de las cuadras que, muy cerca del enemigo, ocupábamos. Excepcionalmente aquella noche se había pasado en calma en aquel punto, pero en la mañana siguiente una explosión formidable, que no ha sido posible explicar, sembró el terror entre los sitiados establecidos en las casas frente á nosotros. Inmediatamente una fusilería intensa y un vivo cañoneo fueron contra nosotros dirigidos, aguardando los sitiados ver-

nos á cada instante hacer irrupción en las casas que ellos ocupaban. Las balas eran dirigidas con encarnizamiento sobre el grupo de edificios en medio de los cuales se hallaban nuestras compañías. Una de ellas estaba alojada en una habitación vasta, en cuyo centro había un jardín rodeado de galerías bajo cuyos arcos nuestra gente esperaba con las armas al pié. Una de las piezas de abajo estaba habitada por una familia de artesanos que parecía gozar de cierta comodidad, y habiéndose provisto de algunos comestibles, atento á la duración de las operaciones del sitio, las había ocultado en un escondite. Dos hombres, dos mujeres, una de ellas muy joven y madre de un chicuelo que dormía en su cuna, componían aquella familia, cuya tristísima apariencia hubiera conmovido al corazón más insensible. Al estrépito de la artillería se dió orden de tomar las armas y estar listos á cualquier evento; una granizada de balas cayó al mismo tiempo sobre la azotea de la casa, amenazando aplastarlo todo; cientos de granadas, arrojadas del otro lado de la calle, fueron á reventar en el jardín, siendo alcanzados muchos de los nuestros, entre los cuales un camarada nuestro murió instantáneamente á la explosión de una bomba; no sabíamos ya donde meternos. Repentinamente un grito desgarrador, lamentable se hace oír saliendo del cuarto que ocupaba la familia de quien acabo de hablar; la mujer joven caía sin sentido al pié de la cuna de su pobre hijito, á quien una granada había descuartizado. Aquella madre desventurada, perdida, delirante, daba compasión verla. Escena tan horrible aun me hace estremecer cada vez que viene á mi memoria. ¡Y cuántos casos á este parecidos no se han presentado durante esta guerra de cuadras donde familias enteras habían tenido el valor inaudito de quedarse á habitar!

Una noche, en la cuadra 29, tuve por dicha un encuentro que me proporcionó el placer de pasar una guardia menos triste que las precedentes. Un mexicano muy bien educado y muy simpático, pero de fisonomía triste y enfermiza, viniendo hacia mí, me ofreció con instancia alojamiento en su sala. El mueblaje, sin ser lujoso, era de muy buen gusto y muy cómodo. Aquella casa aun no había sufrido, como las contiguas, la destrucción causada por los proyectiles, porque estaba adosada á un vasto edificio, quedando de este modo á cubierto, en espe-

cial por su frente, del fuego enemigo. Con todo eso, había que tomar precauciones, porque de tiempo en tiempo algunos tiros perdidos solían rematar en un patiecillo interior. En la sala pendía del muro, encima de una consola de caoba, un retrato, diestramente ejecutado por artista mexicano; era del célebre Hidalgo, aquel Cura del pueblo de Dolores en el Estado de Guanajuato, que fué el primero en lanzar el grito de ¡libertad! enarbolando en nombre de la Independencia de México el antiguo estandarte de Moctezuma (?), sobre el cual hizo bordar una imagen de la Virgen de Guadalupe, objeto de grandísima veneración en todo el país.

—“Ahí tiene usted, me dijo el mexicano, el retrato de un hombre á quien mi padre rendía un culto especial, transmitiéndomelo en herencia. Una amistad sincera les ligaba, además á ambos, desde sus tiernos años, y juntos han combatido, sin separarse uno de otro, durante los diez meses de la lucha que emprendió Hidalgo contra las tropas realistas.”

Mi huésped, se conoce, tenía gana de conversar; mi frialdad genial le había retraído en un principio, pero acogió esta ocasión para entrar en materia, tanto más propicia cuanto el asunto era grato á su corazón: así continuó:

“El 16 de Septiembre de 1810 fué el día en que empezó aquella campaña gloriosa, emprendida por un cura de aldea, sin recursos contra todo un ejército disciplinado y provisto de armas y lo demás necesario para la guerra.

“Hacia tiempo que el yugo español apenas se sufría con resignación, y solo aguardaba el pueblo mexicano un jefe para sublevarse y rechazar á sus dominadores. El general descontento apenas se contenía, causado por la exclusión que se hacía de los criollos en la participación de los altos empleos, siendo estos conferidos solamente á los europeos. En fin, los ánimos estaban cansados de una servidumbre tan larga que debía terminar. ¿Quién pensara entonces que un país tan fortunado, degradado por tres siglos de abyección, haría tan mal uso de la libertad?

“Mas aquella noble y santa causa cayó en tan innobles manos, que la Europa no llegó á creer que hubiésemos alcanzado la madurez necesaria á nuestra transformación, pensando que